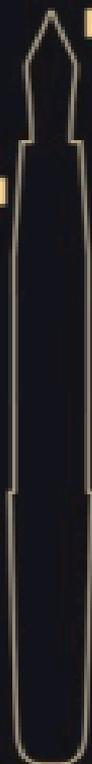


bam
bú

AMSTERDAM SOL TAIRE

FERNANDO LALANA



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2011, Fernando Lalana
© 2011, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Primera edición: febrero de 2011
ISBN: 978-84-8343-128-3
Depósito legal: M-755-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prefacio	7
Primera parte:	
El año en que mataron a Julio César	9
Uno: la traición	
Mayo de 1997	
Aeropuerto John F. Kennedy (Nueva York)	11
El hombre impaciente	11
Dieciocho, dieciocho	14
Retretes	15
Una sospecha	16
Una blanca rosa de los vientos	17
Dos: el reto	
Verano de 1997. Mar Mediterráneo	19
A bordo del <i>Enllá</i>	19
500 años juntos	21
Operación Julio César	21
Tres: la solución	
Diciembre de 1997. Ámsterdam, Unión Europea	41
El hombre del Mercedes	41
Coster Diamonds	46
Petróleo crudo	48
Azancot	49
Odermann Martínez	61

Cuatro: el plan

Marzo de 1998. Zaragoza, Unión Europea	65
Cita inesperada	65
Olvídame (tango)	67

Segunda parte:

La urna de cristal grueso	81
--	-----------

Cinco: la invitación

Abril de 1998. Zaragoza, Unión Europea	83
Tan solo cuatro palabras	83
A rayas	86

Seis: la pluma

Al día siguiente	91
La envidia de todos	91
El jefe	96
Un pequeño prodigio	100
La rosa de los vientos	102
Patata	103
Sin seguro	104
Como a un ministro	110
De copas	111
Ligero cambio de planes	112
Misión: imposible	114
Los siete magníficos	120
<i>Rififi</i>	122
Triana	126
<i>Rufufú</i>	127

Destellos	129
Bajo la persiana	132
Follón	135
Uvimóvil	135
Un paraguas	136
Grietas	137
Terremoto	138
Imposible	139
La urna en celo	143
El sobre	144

Siete: el fin del enigma

Al otro día	151
Entre tinieblas	151
Eureka	154
Hospital de N. ^a S. ^a de Gracia	157
<i>Vendetta</i>	160
Establecimientos Rived	162
Como un tornado	164
Finiquito	165
La casa de los Martínez	167
Desestimando lo imposible	170
El plan	178
Tres horas para la autodestrucción	179
Menos de una hora para la autodestrucción	180
Tres cuartos de hora para la autodestrucción	182
Cuarenta minutos para la autodestrucción	184
Veinticinco minutos para la autodestrucción	186
Veinte minutos para la autodestrucción	187

Quince minutos para la autodestrucción	188
Diez minutos para la autodestrucción	190

Epílogo

Diez días después	196
Canje	196
La última pregunta	200

Prefacio

No hay nada que uno no hiciera por la chica de sus sueños.

Y si esa chica se llama Loredana, aún no ha cumplido los veinte pero es ya la viva imagen de esas italianas desmesuradamente hermosas que el cine de su país nos ha regalado en tantas ocasiones, además de rebosar inteligencia y determinación y de estar forrada de pasta (de liras, me refiero, no de tortellini) cualquier atisbo de sensatez, cualquier intento de resistirse a la más descabellada de sus proposiciones, ha de estar de antemano condenado al fracaso.

Tuve ocasión de comprobarlo aquella primavera inolvidable.

La primavera en que Loredana y yo decidimos robar la Amsterdam Solitaire, la pluma estilográfica más cara, singular y maravillosa del mundo.

Primera parte:
**El año en que mataron
a Julio César**

Uno: la traición

Mayo de 1997
Aeropuerto John F. Kennedy
(Nueva York)

El hombre impaciente

–Disculpen. Quiero recoger un envío que acaba de llegar a mi nombre desde Palermo, Italia. Europa.

Los dos empleados alzaron la vista y miraron desconfiadamente al hombre bajo y anodino, de traje gris y ojos de sapo, que acababa de entrar arrastrando por su cinta una maleta Samsonite Elypse de gran tamaño y color azul.

–Los envíos se llevan a domicilio, señor –dijo el más joven–. Mañana a primera hora lo tendrá en su poder. Esto es solo un centro de clasificación.

El hombre sonrió brevemente.

–De eso, nada. He consultado a la dirección de su empresa. Desde el momento en que la mercancía toca suelo norteamericano, el destinatario puede reclamarla presentándose en persona en cualquiera de las dependencias que sirvan de tránsito al envío.

Cruce de miradas entre los empleados.

–Pero ¿qué dice este hombre? –se preguntó el de más edad, en voz baja.

–Digo –el recién llegado carraspeó, endureciendo el tono– que demostrando mi identidad, ustedes no pueden negarse a entregarme ahora mismo un paquete a mi nombre que ya haya sido recibido en sus instalaciones. Vean, vean. Aquí lo pone, en este documento de su delegación central en Brooklyn.

El mayor de los dos empleados se echó hacia la nuca la gorra de visera decorada con el logotipo y las siglas de UPS.

–Si usted lo dice, amigo...

Veinte minutos después, tras hacerle firmar cuatro volantes de distintos colores, los dos empleados hicieron entrega al hombre de una caja de madera de las dimensiones y el peso de un pequeño ataúd. Y se lo quedaron mirando, sonrientes, intentando quizá adivinar cómo pensaba llevarse consigo el enorme bulto.

–Si no les importa, voy a desembalarlo aquí mismo. Seguramente dispondrán ustedes de una palanqueta que puedan prestarme. ¿No es así?

El mayor de los empleados se apresuró a buscar y entregarle la herramienta solicitada. No tanto por espíritu servicial como por calmar la curiosidad que le embargaba. Llegados a ese punto, necesitaba conocer el contenido del envío. No le habría sorprendido en absoluto que aquella caja contuviese un cadáver de pequeña estatura. El de un niño. O el de un enano, quizá. De ser así, tendría una anécdota para contar el resto de su vida.

Pero no hubo sorpresa macabra alguna. El interior de la gran caja de madera estaba ocupado sobre todo por material aislante destinado a proteger de los golpes, los cambios de temperatura y del exceso de humedad el resto del contenido, compuesto por cuarenta y cuatro pequeños bultos de tamaño algo menor que el de un libro de bolsillo; cada uno de ellos, a su vez, provisto de su propio embalaje de cartón rizado.

La Samsonite Elipse resultó estar vacía. Y ante la perpleja mirada de los empleados de UPS, el hombre gordo del traje gris la abrió sobre el suelo y después fue colocando en su interior, cuidadosamente, las cuarenta y cuatro pequeñas cajas. Veintidós en cada lado. Y, por cierto, pese a las formas redondeadas de la maleta, encajaron a la perfección, sin dejar huecos notables, como si la operación hubiese sido ensayada previamente. Terminado el trasvase de la mercancía, trabó el hombre las dos grandes solapas interiores y, después, cerró la maleta, colocándola de pie sobre sus cuatro ruedas. Acto seguido, encajó los cierres laterales y los aseguró, deslizando una pequeña pestaña. Por último, echó el cerrojo principal y alteró los cuatro números de la combinación con un enérgico gesto del pulgar.

Después de sonreír levemente a los dos hombres, que lo miraban atónitos, el tipo de ojos de sapo abandonó las dependencias de UPS en el John F. Kennedy arrastrando la maleta por su correa, como si se tratase de un enorme perro azul.

En ese momento, lloviznaba ligeramente sobre Nueva York.

Dieciocho, dieciocho

Tras depositar la maleta en una de las consignas automáticas de la terminal internacional, el hombre vestido de gris se dirigió a una de las numerosas cafeterías de la zona de tránsitos internacionales, ante cuyo mostrador un sujeto de tez morena y bigote negrísimo, vestido a la europea pero ciñendo sobre su cabeza el turbante blanco propio de ciertos países árabes, le esperaba con otra Samsonite en todo idéntica a la que él acababa de dejar a buen recaudo.

–¿Dónde está su maleta, señor Heat? –preguntó el árabe, entre sorprendido y furioso, sin mediar saludo, hablando en inglés con un marcado acento de su tierra. Tan marcado, que casi parecía postizo.

–Lo sabe usted perfectamente, señor Saúd –replicó el europeo, procurando imitar el tono ácido de su interlocutor en la frase anterior–. ¿Cree que no me he dado cuenta de que me ha hecho seguir desde que puse el pie en el aeropuerto?

El filo de la mirada que Saúd lanzó sobre Heat habría podido rivalizar con el de una buena navaja de afeitar. Pero no dijo nada.

–Aquí tiene la llave de la consigna –continuó el hombre gordo, depositándola cuidadosamente sobre el mostrador–. La combinación de la maleta es mil ochocientos dieciocho. Uno, ocho, uno, ocho.

El árabe hizo rechinar los dientes.

–Nuestro acuerdo fue que usted traería aquí su maleta y las intercambiaríamos.

–Lo sé –replicó Heat, calmamente–. Pero quiero diez minutos de margen para contar el dinero. Es el tiempo que empleará usted en llegar hasta la consigna y recoger la mercancía. Si me ha engañado, tendré tiempo de alertar a la policía del aeropuerto, donde tengo un buen amigo que ya está prevenido ante esa posibilidad.

La amenaza era un farol, claro está, pero procuró que sonase convincente. Por otro lado, John Heat conocía bien el mundillo en el que se movía y tenía la certeza casi completa de que no estaba siendo víctima de un fraude y, por tanto, la maleta que su interlocutor tenía a sus pies, estaría llena de petrodólares.

El árabe apuró su vaso de whisky e inspiró largamente.

–De acuerdo, Heat. Lo haremos a su manera. Desconfianza por desconfianza.

Cogió en su mano izquierda la llave de la consigna automática y emprendió el camino hacia la salida, abandonando la Samsonite.

Retretes

Apenas el árabe desapareció de su vista, Heat arrastró la maleta hasta los servicios más cercanos a la cafetería. Se introdujo en el urinario destinado a personas con movilidad reducida, de cabina mucho más amplia que las del resto de los retretes, y echó el pestillo. Colocó la maleta sobre la tapa del inodoro, la abrió y levantó una de las solapas. Un espectacular panorama de billetes verdes agrupados en fajos encintados apareció

ante su mirada de batracio. Sintió que se le aceleraba el pulso mientras un escalofrío de placer le recorría la espina dorsal de arriba abajo.

Heat tomó cuatro fajos al azar y los revisó. De cada fajo tomó tres billetes, realizó sobre ellos unos trazos con un rotulador especial, comprobando con satisfacción que la tinta no se hacía visible. Luego, los examinó bajo la luz violeta de una pequeña linterna que sacó del bolsillo de la chaqueta. No había duda de que eran auténticos. Punto por punto, repitió las mismas operaciones con varios billetes del otro lado de la maleta. Por último, contó los billetes de otros dos fajos, también elegidos al azar, y luego contó la totalidad de los fajos. Tras hacer un rápido cálculo mental, Heat sonrió. Estaba todo. Perfecto.

Salió de los servicios y, conteniendo los deseos de echar a correr, de cantar y de silbar, caminó deliberadamente despacio, tirando de la Samsonite, hacia el aparcamiento B del aeropuerto, donde había estacionado su Ford Taurus.

Una sospecha

De repente, cerca ya del auto, se detuvo, inquieto.

¿Qué pasaba? Debería sentirse plenamente satisfecho, pues todo había salido a pedir de boca y, sin embargo, no lo estaba. No podía librarse de un mal presentimiento. Como cuando uno tiene la sensación de que olvida algo importante en casa en el momento de salir de viaje. ¿Por qué? ¿Quizá le molestaba la conciencia por haber traicionado a su cliente europeo? No, imposible. Hacía tiempo, mucho tiempo, que John Heat se había

convertido en un hombre carente de escrúpulos comerciales. Si el beneficio era suficientemente sustancioso, la ética pasaba a segundo plano. Y en aquella ocasión, sus ganancias eran capaces de borrar cualquier amago de culpabilidad. ¿Inquietud por las consecuencias? En absoluto. Se había preocupado por revestir de legalidad su traicionera actuación. Abonaría a su cliente el precio estipulado por la mercancía, a precio de importador, así que no debería tener problemas con la justicia. Eso, sin contar con que no son muchos los europeos que se deciden a meterse en pleitos en los Estados Unidos. ¿El dinero? Tampoco. Sobre la cantidad y autenticidad de los billetes en que le habían efectuado el pago no cabía duda razonable alguna. ¿Qué ocurría, entonces? ¿Qué había disparado su sexto sentido?

Justo cuando estaba a punto de oprimir el botón del ascensor del aparcamiento, cayó en la cuenta de qué era lo que no encajaba: aquel árabe estaba bebiendo whisky cuando se encontraron.

Por supuesto que un musulmán puede desoír como cualquier otra persona los mandatos de su religión. Pero hacer ostentación pública de ello ya resulta más extraño. Mucho más extraño.

En la mente de Heat se formó de inmediato la imagen de un gato metido en una jaula.

Una blanca rosa de los vientos

No pudo acceder a la zona de vuelos privados y tuvo que conformarse con observar la pista de despegue a través de la cristalera de la sala de espera más cercana.

Durante más de diez minutos escudriñó los movimientos de personal en torno a los pequeños *jets* y avionetas sin conseguir su propósito. Cuando ya estaba a punto de darse por vencido distinguió a lo lejos una curiosa comitiva compuesta por cuatro hombres vestidos de oscuro que arrastraban una Samsonite de color azul.

–¿Me los presta un momento, por favor? –dijo Heat, echando mano a los prismáticos que colgaban del cuello de un turista de rasgos orientales, situado a su lado.

Pese a las protestas de su estupefacto dueño, Heat pudo con ellos seguir a los cuatro hombres caminando entre esos extraños vehículos que pueblan las pistas de los aeropuertos, hasta verlos subir a un pequeño birreactor de color azul marino que puso sus motores en marcha de inmediato.

Mientras el avión culebreaba entre otros aparatos, Heat anotó su matrícula con intención de investigar más tarde la identidad de su propietario.

En el último instante, sin embargo, supo que no tendría que tomarse ninguna molestia en ese sentido. Porque cuando el aparato enfiló la pista de despegue situándose perpendicular a su posición, el hombre pudo apreciar sobre el timón de cola un emblema que le resultó perfectamente conocido: una rosa de los vientos de color blanco sobre fondo negro.

Heat sintió que se le secaba la boca instantáneamente.

–Maldita sea –murmuró entre dientes, más asustado que ofendido–. Me han engañado. Me han engañado...

Dos: el reto

Verano de 1997
Mar Mediterráneo

A bordo del *Enllá*

Todos los veranos, desde hacía muchos, cuatro hombres de negocios europeos encontraban diez días libres en sus ajetreadas vidas para embarcarse en el *Enllá*, un delicioso yate de dieciocho metros matriculado en Barcelona, más marinero que ostentoso.

La cita era siempre en Montecarlo que, aun sin serlo, aparentaba constituir un buen lugar de encuentro, aproximadamente equidistante de los orígenes de los cuatro amigos.

Ricard Satué, el presidente de Iberolex, solía ser el primero en llegar a la capital del pequeño principado, tras dos, a veces tres días de solitaria navegación desde Sitges, al timón de su barco. Era el único de los cuatro amigos que disponía de unas horas –esas cuarenta y ocho a setenta y dos horas– de auténtica soledad. Solo él y el *Enllá*. Y cada año disfrutaba más de aquel tiempo y de aquella circunstancia.

Tras atracar en el pantalán número doce, junto a algunos de los más impresionantes yates del mundo, Satué se dispuso

a esperar la llegada de sus compañeros. En el plazo de muy pocas horas, de manera casi inexplicable para quien conociese la complejidad de los negocios que manejaban y de las apretadísimas agendas a que estaban sometidos, los otros miembros de aquel singular cuarteto irían haciendo su aparición. Todos ellos con un mínimo equipaje y desprovistos de sus inseparables teléfonos móviles.

Este año, el italiano se había retrasado. Cuando el joven presidente de la empresa Montesco, detuvo su Maserati Ghibli al pie de la escalerilla del *Enllá*, el francés, el alemán y el español hacía casi treinta y seis horas que le esperaban, impacientes y ligeramente inquietos ya por su tardanza.

–¡Bienvenido a bordo, Vincenzo! –le gritó el patrón del yate–. ¡Por fin! ¿Qué tal tus Loredanas?

–Perfectamente, gracias. Tanto la madre como la hija os envían recuerdos. A los tres.

Pese a la aparente afabilidad del saludo, el portazo con que se despidió de su vehículo y las maldiciones sicilianas que salieron de su boca durante los escasos minutos que duró el embarque, convencieron a sus tres compañeros de que Vincenzo Spadolini iniciaba aquellas vacaciones en el momento más oportuno. Sin duda, necesitaba más que nunca, y más que sus tres amigos, aquellos días de *dolce far niente*.

–¿Qué le pasa a ese? –preguntó Satué a sus compañeros, procurando no ser oído por el siciliano.

–Ya imagino qué puede ser –respondió Günter Odermann–. Pero prefiero que sea él quien nos lo cuente... si lo desea.

500 años juntos

La responsabilidad de diseñar la singladura recaía cada verano, sucesivamente, en uno de los cuatro navegantes, que tenía plena libertad para llevar a sus tres compañeros a donde prefiriese, con la única condición de no abandonar el Mediterráneo y recalar en, al menos, un puerto no visitado con anterioridad por el *Enllá*.

Este año era el turno del empresario catalán, quien había elegido Melilla como destino. «La más africana de las ciudades europeas», como él mismo se había encargado de publicar ante los otros.

Y hacia allí, hacia la antigua Rusadir de los fenicios, que celebraba su primer medio siglo como plaza española, se dirigían desde hacía ya dos días sin que Spadolini, ostensiblemente indignado todavía, se hubiese decidido a compartir con sus compañeros de travesía las razones de su crispado estado de ánimo.

Por fin, la tercera noche de navegación, con Melilla ya casi al alcance de la mano, cuando el *Enllá* surcaba las aguas aproximadamente allí donde solo la oscuridad impedía divisar hacia estribor la isla de Alborán, el italiano accedió a hablar por vez primera del asunto.

Operación Julio César

—¿En qué mundo vivís? ¿Acaso no estáis enterados?

«Por fin», pensó Satué terminando de dar cartas para jugar la primera mano de la imprescindible partida de póquer que todas

las noches ponía fin a la jornada. Dispuesto a no perderse ni una palabra, el catalán aceleró el reparto de los naipes, al tiempo que Nicolás Deloire reaccionaba con lentitud casi exasperante.

–¿Enterados de qué, Vincenzo?

–De que la Operación Julio César se ha venido abajo –dijo el italiano con tono funerario–. Lo cual significa que estoy prácticamente arruinado.

Durante unos segundos, los otros tres hombres intercambiaron miradas huidizas.

–¿Por qué no te explicas mejor? –le rogó por fin Satué–. ¿Qué es eso de que estás en la ruina? ¿Y qué demonios es la Operación Julio César?

El italiano abrió los brazos de par en par.

–Pero ¿qué es esto? –preguntó a su vez–. ¿Estáis de broma o es que no os dignáis echar un vistazo a la propaganda de la competencia?

–Yo sí sé de lo que hablas, Vincenzo –admitió Günter Odermann–. La Julio César iba a ser la primera estilográfica de serie limitada y alto precio de la marca Montesco, ¿no es así?

–Exactamente tal como tú lo dices –admitió el italiano, desesperanzado–. Iba a serlo. ¿Me das dos cartas, Ricard?

–Ahora lo recuerdo –admitió Deloire, repasando su jugada–. Una serie muy corta y muy, muy cara ¿no es así? Para mí, una carta, por favor.

–Muy corta, en efecto: tan solo sesenta y seis unidades –confirmó el italiano–. La edad de Julio César cuando murió asesinado.

22 –Ah, ya recuerdo. «¿Tú también, Bruto, hijo mío?» –declamó Satué, mirando al alemán.

–No, padre. Yo estoy servido –replicó Odermann, respondiendo de forma insólita a la broma del catalán.

–Un modelo totalmente nuevo, precioso –rememoró Spadolini con los ojos soñadores–. Diseño italiano, ya sabéis. En oro blanco con incrustaciones de lapislázuli. Le habíamos puesto el precio simbólico de dieciocho millones de liras por ejemplar.

–Demasiado simbólico, si me permites decirlo –rezongó Odermann–. O sea, demasiado asequible. Por desgracia, mucha gente solo valora lo verdaderamente caro.

–Quizá. Por cierto, voy con cincuenta mil liras.

–Se apuesta en pesetas, Vincenzo –le recordó Satué–. Hay que respetar la bandera del barco.

–Vaya... ¿Y a cómo está el cambio?

–Déjate de cambios. Pon dos fichas de color burdeos, y en paz.

–Ahí van... Bueno, ya sabéis cómo se hacen estas cosas... Un despliegue publicitario a escala mundial, máxima expectación, los grandes coleccionistas de estilográficas esperando durante nueve meses la aparición de la Julio César como la de la Santa Madonna y peleándose por reservar un ejemplar y al final...

–¿Qué?

–No os lo vais a creer: uno de esos malditos jeques árabes de la OPEP sobornó a nuestro importador para los Estados Unidos... y compró a su precio los cuarenta y cuatro ejemplares destinados al mercado norteamericano, canadiense y asiático. Ni siquiera llegaron a entrar en nuestro almacén de Manhattan. Por lo visto, el de la chilaba envió al aeropuerto Kennedy a un mensajero con setecientos mil dólares en bille-

tes de curso legal, y se llevó las plumas en una maleta camino de Kuwait City.

Satué y Deloیره cruzaron una mirada de consternación. El alemán ni siquiera pareció inmutarse.

–Oye, ese importador del que hablas... ¿No te referirás a John Heat? –preguntó.

Spadolini se volvió hacia Odermann. Los ojos le lanzaban llamaradas.

–Claro que estoy hablando de Heat, maldita sea. Tú me lo recomendaste encarecidamente, ¿recuerdas? Dijiste que era quien mejor conocía los mercados americano, japonés y coreano.

–Cierto.

–Pero olvidaste decirme que se trataba de un maldito rufián sin el menor escrúpulo.

Odermann se encogió levemente de hombros.

–Lo tenía por un hombre íntegro, Vincenzo. Está claro que todos tenemos nuestro precio. Por supuesto, te garantizo que desde este mismo momento Heat ha dejado de ser el representante en América de Estilográficas Odermann.

El italiano dirigió a Odermann una mirada silenciosa en la que podía descubrirse con cierta facilidad un velo de rencor. Sus palabras, sin embargo, indicaron otra cosa.

–Te agradezco el detalle, pero no será necesario. Ya he tomado medidas contra Heat. Una de las ramas de la familia de mi madre se estableció en el este de los Estados Unidos hace ya tiempo. Son gente influyente. Sicilianos, ya sabéis.

El comentario consiguió, por fin, que Günter Odermann mostrase más interés por la conversación que por el juego. Tragó saliva antes de preguntar.

–¿Te refieres a la... mafia?

Lo había dicho en el mismo tono en que habría pronunciado la palabra «autopsia».

–Mafia no, hombre... Cosa Nostra, le decimos en Sicilia. Ellos se encargarán de esa rata de cloaca.

–Dios mío, Vincenzo... no... no hablarás en serio. ¿Quieres decir que has pedido a tus parientes que liquiden a John Heat?

El italiano clavó en los ojos de su amigo una mirada de hielo y la mantuvo durante un larguísimo tiempo.

–Claro que no –dijo, al fin, el propietario de Montesco–. No era más que una broma. Me conformaré con que rompas tus relaciones comerciales con Heat y hagas correr la voz de que es un indeseable.

Odermann volvió a respirar.

–Claro... claro, hombre, cuenta con ello.

Satué y Deloیره también mostraron su alivio sin tapujos.

–Respecto al tema de la Julio César –apuntó el francés de inmediato– supongo que podrás hacer algo más que quedarte cruzado de brazos.

–Aún te quedan las veintidós plumas del mercado europeo –le recordó Satué.

–Veintiuna, si descontamos la mía. Pero eso no me libra del desastre. Todos los ejemplares de la serie estaban adjudicados, tras una cuidadosa selección, a otros tantos de nuestros puntos de venta oficiales repartidos por todo el mundo. Escoger ahora veintiuna entre esas sesenta y cinco agencias creo que resultaría incluso más problemático y negativo que no poner ninguna a la venta.